

Primo Levi y Jorge Semprún: dos modos de configurar el pasado

Raúl Illescas
Universidad de Buenos Aires

Resumen

El siglo XX en general y la Segunda Guerra Mundial en particular, marcan una inflexión en relación con los estudios sobre el concepto de memoria. Holocausto o *Shoa* se constituyen en una matriz, determinando lo que se denominó como “deber de memoria”.

Así Auschwitz como emblema del nazismo, pone de relevancia los problemas por la apropiación del pasado. A partir de ello, esta comunicación focalizará en dos textos de la literatura del *Lager*: *La mort qu'il faut*, de Jorge Semprún e *I sommersi e i salvati*, de Primo Levi. Ambos ponen de manifiesto situaciones en relación con la apropiación del pasado y la configuración de la memoria. Por un lado, la constitución de memorias en pugna: la del nazismo y la de los sobrevivientes de los campos. Y por otro, y estableciendo la relación de ésta y testimonio, la polémica asordina que Semprún establece con Levi y algunos historiadores.

Palabras clave: Jorge Semprún – Primo Levi – memoria – testimonio – Holocausto

“Algo sobrevivió en medio de las ruinas. Algo accesible y cercano: el lenguaje”.
Paul Celan

Estamos en el *Congreso de la revista Orbis Tertius*, en una –siempre esperada– nueva edición. El eje de trabajo que nos convoca es: “Polémicas por la apropiación del pasado: la memoria.” Sin dudas, cada uno de los términos en cuestión resultan problemáticos y aún más si los consideramos en este sintagma. Así podemos leer resonancias potentes comenzando por el término apropiación, que en su definición que nos proporciona la RAE:

1. tr. Hacer algo propio de alguien.
3. tr. Acomodar o aplicar con propiedad las circunstancias o moralidad de un suceso al caso de que se trata. U. t. c. prnl.
5. prnl. Dicho de una persona: Tomar para sí alguna cosa, haciéndose dueña de ella, por lo común de propia autoridad.

De esta manera la memoria remite a asimilación y hasta reparación, pero también a robo, escamoteo, incautación o captura. Pero para instalarnos en el tema, nos referimos a la apropiación del pasado, cuyo objeto es la memoria. Y así como las distintas acepciones sobre la acción de apropiarse remitirían a una materialidad, la memoria se torna entonces, una tarea difícil y un objeto inaprensible, escurridizo.

Asimismo en cuanto nos referimos a la memoria se establece un campo semántico tan amplio como complejo que incluye conceptos como memorias individual y colectiva, olvido y el testimonio, entre otros.

La propuesta de este trabajo toma como acontecimiento (Rousso)¹ el Holocausto o la *Shoa* que marca una inflexión en relación con los estudios sobre este concepto y se constituyen en una matriz, determinando lo que Ricoeur (2003) denominó “deber de

¹ Henry Rousso define la historia de la memoria como “el estado de la evolución de las representaciones del pasado, entendidas como hechos políticos, culturales o sociales”, es decir, un estudio que implica que “el acontecimiento debe ser tomado no en su acepción clásica, sino como una secuencia cronológica que no se limita a su envoltura aparente”, un estudio que “incluye tanto el análisis histórico del acontecimiento propiamente dicho como el análisis de su posteridad, entendida no como sus consecuencias, sino como su supervivencia activa y pasiva en el imaginario social y, por tanto, en las prácticas sociales de las generaciones posteriores” (Rousso, 1998).

memoria". Así Auschwitz como emblema del nazismo, pone de relevancia los problemas por la apropiación del pasado en estos términos.

A partir de ello, la presente comunicación focalizará en dos textos de la literatura del Lager: *La mort qu'il faut*² (2001a), de Jorge Semprún e *I sommersi e i salvati*³ (1989), de Primo Levi. Ambos ponen de manifiesto situaciones en relación con la apropiación del pasado y la configuración de la memoria. Por un lado, la constitución de memorias en pugna: la del nazismo y la de los sobrevivientes de los campos. Y por otro, y estableciendo la relación de ésta y testimonio, la polémica asordina que Semprún establece con Levi y algunos historiadores.

La idea apropiación de la memoria convoca los términos a los que hacíamos referencia anteriormente y a una serie de teóricos. Tal es el caso de Maurice Halbwachs quien tempranamente, en 1925, publica el texto *Les Cadres Sociaux de la Mémoire*, que reúne la observación de lo sucedido durante la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias. Allí introduce la primera teorización sobre la memoria, la cual se convierte en la piedra basal de su análisis y a la que no puede concebir sino como memoria colectiva. Así, *Les Cadres*, los marcos, es decir el espacio, el tiempo y el lenguaje, son el andamiaje teórico imprescindible para pensar los elementos sociales de la memoria social, la matriz de la comunidad, donde se almacenan los recuerdos individuales. Hay en el planteo de Halbwachs dos ideas pilares. La primera es la concepción bergsoniana de la duración, lo cual implica que la memoria no se fija de una vez y para siempre y por tanto no concibe el tiempo como recorte y cristalización. La segunda está dada por la concepción de la memoria como construcción intersubjetiva. Existe una comunidad, un grupo, etc., que se permiten rescatar el pasado, mediante un proceso de rememoración colectiva e individual.⁴ Y es en su obra póstuma *La mémoire collective* (2004) donde afirma que la memoria colectiva no se reconoce en los hombres sino entre los hombres y además, no es una instancia separada, abstracta o exterior. De este modo, duración e intersubjetividad son imprescindibles para reflexionar sobre la pervivencia del recuerdo en tanto grupo. Evidentemente este es el problema con el que se encuentran los sobrevivientes, devenidos testigos.

Sin duda todo testigo carece de los marcos sociales a los que hace referencia Halbwachs o al menos, necesita de modo ineludible de una situación que podemos desdoblar en dos momentos: primero ser escuchado y luego, ser creído. Así se pone de manifiesto un lugar incómodo que es el del testigo. ¿Qué contar?, ¿desde dónde contar? Y ¿cómo narrarlo? Por un lado lo testimonial se emparenta con lo autobiográfico y, por otro, surge el problema de la representación. Dos problemas que acomete Beatriz Sarlo en su texto: *Tiempo pasado*

El sujeto que habla no se elige a sí mismo, sino que ha sido elegido por condiciones extratextuales. (...) No es el sujeto el que se restaura a sí mismo en el testimonio del campo, sino una dimensión colectiva que, por oposición y por imperativo moral, se desprende de lo que el testimonio transmite. (...) Todo testimonio quiere ser creído y, sin embargo, no lleva en sí mismo las pruebas por las cuales puede comprobarse su veracidad, sino que ellas deben venir de afuera. (2005: 43-45, 46- 47)

² La versión en español es: Semprún, Jorge, 2001b, *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets Editores.

³ La versión en español: Levi, Primo, 2006, "Los hundidos y los salvados", en *Trilogía de Auschwitz*, Barcelona, Océano – El Aleph.

⁴ Afirma Halbwachs: "Así pues, cabría distinguir dos memorias que podemos denominar, por ejemplo, una memoria interior o interna y otra exterior, o bien una memoria personal y otra memoria social. Podríamos decir aún con más precisión memoria autobiográfica y memoria histórica. La primera se apoya en la segunda, ya que al fin y al cabo, la historia de nuestra vida forma parte de la historia general" Halbwachs 2004:55). En relación a la tarea de "hacer memoria" habría que leer su opuesto: la empresa conciente o inconsciente de olvidar.

En cuanto al testigo, Giorgio Agamben realiza un trabajo altamente especulativo desde un análisis filológico. El término en latín es *terstis* y en griego, *martis* (relacionado con el término latino *superstes*). El autor de *Estancias* opta por el segundo por dos motivos. Uno, utilizar la forma griega, desliga o disuelve la relación que *terstis* establece con el ámbito jurídico. Dos, pone en un lugar de relevancia, el de la experiencia, y coloca al testigo en un lugar tan prominente como crítico, problemático, su relación con la memoria y el relato memorialístico.

Pero si nos remitimos a la cita de Agamben

Terstis –afirma Agamben– es el tercero en un proceso o en un litigio entre dos contendientes. La segunda, *superstes*, hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él. (2002:17)

A partir de estas tres perspectivas podemos interrogarnos por la constitución de ese grupo denominado los sobrevivientes. Así el sobreviviente deviene testigo y nos introducimos en la propuesta de Primo Levi. En su *Trilogía de Auschwitz*, que comprende las novelas *Si esto es un hombre* (1956), *La tregua* (1963) y *Los salvados y los hundidos* (1986), sin perder de vista el escenario conformado por verdugos y víctimas, se preocupa por analizar la situación de los detenidos que por efectos del sistema (ya sea por acción o reacción) se desagregan y establecen diferencias. (En el capítulo “La zona gris” se pone de manifiesto que la perversión del *Lager* destruía la situación básica de buenos/malos o verdugos/inocentes para establecer un sistema indistinguible.) Por ello se preocupará por explicarlas ya desde el título de la tercera novela *Los salvados y los hundidos*. Levi va más allá de la mera descripción de los actores para descifrar el entramado de relaciones y jerarquías. En cuanto al *musulmán*, lo lee desde dos perspectivas que están unidas. En principio, desde la interioridad del campo, en la contingencia de detención y luego, analizado desde fuera. La primera considera al *musulmán* como una masa anónima sin dignidad y sin fuerzas, y colocado en el umbral⁵ entre el hombre y el no-hombre o mera máquina biológica. Luego, establece una lectura desde su condición de sobreviviente, organizando una lógica binaria entre los sobrevivientes que denomina los “salvados” y los “hundidos” o los *musulmanes*. Así, el *musulmán* para Levi es el único que ha conocido la experiencia del horror hasta el final, “el que ha visto a la Gorgona”⁶ y que paradójicamente, en la hipótesis del autor italiano, es el verdadero y único testigo, al cual se refiere como el “testigo integral”.

Pero sobre todo, la preocupación por contar,⁷ por vomitar inmediatamente de ser liberado de Auschwitz, (recordemos que *Si esto es un hombre* finaliza de escribirlo en 1946) tiene una directa vinculación con su condición de testigo. Este cuentero oral que no era escuchado por sus contemporáneos sabe que su condición de salvado está relacionada en parte por un grado de azar y también de colaboración. Pero por esa situación fortuita que supone conservar la vida, Levi como tantos otros salvados tiene la necesidad de narrar lo sucedido, para dejar testimonio de ese horror y en memoria de los que conocieron a fondo la animalidad, el espanto, es decir los “hundidos”, los más débiles, los verdaderos testigos.

⁵ Concepto sobre el que trabaja extensamente Agamben (2002).

⁶ Recordemos por ejemplo que en la *Odisea*, la Gorgona es un monstruo del inframundo: “...el pálido terror se apoderó de mí, temiendo que la ilustre Perséfone no me enviase del Hades la cabeza de Gorgona, horrendo monstruo.” (Homero 1986: 635)

⁷ En el prólogo a la edición española de la *Trilogía de Auschwitz*, a cargo de Antonio Muñoz Molina, el autor de *El jinete polaco* define la actitud de Levi como la de un “(...) narrador en el sentido más primitivo y sagrado, el que cuenta en voz alta y se niega a permanecer en silencio, el depositario y el guardián de una memoria imprescindible.” (Muñoz Molina 2006: 9).

En el reportaje “Volver, comer, contar”, realizado por Virgilio Lo Presti, Levi afirma: “-He observado dos fenómenos distintos, o mejor, opuestos, quienes tienen el afán de contar y quienes se han negado siempre a contar. En el extremo del contar creo que estoy yo, que no he dejado de contar nunca.” (Levi 1998: 47)

Y en referencia a la posibilidad de creer lo que se cuenta, en su “Prefacio” a *Los salvados y los hundidos*, Primo Levi describe que ya en 1942 aunque nebulosamente, había noticias sobre los estragos que estaba perpetrando el nazismo. Sin embargo, lo narrado no merecía credibilidad porque parecía una hipérbole o coloquialmente una “enorme exageración”. Esto –afirma Levi– había sido previsto por los verdugos y lo atestigua mediante una cita de Simón Wiesenthal.

(...) en las últimas páginas de *Gli assassini* sono fra noi, Garzanti, Milán, 1970, recuerdan que los soldados de las SS se divertían en advertir cínicamente a los prisioneros: “De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos, dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del *Lager* seremos nosotros quien la escriba. (2006: 475)⁸

Y allí mismo, en el último párrafo del “Prefacio”, podemos leer una formulación del autor de *La llave estrella*, del concepto de memoria colectiva y el esfuerzo colosal por mantenerla viva, *praesentia in absentia*, solo mediante la acción humana y atendiendo a una de las críticas que señala Sarlo en *Tiempo pasado*, en torno a la subjetividad.

Necesito disculparme. Este libro está empapado de recuerdos, de recuerdos lejanos. Procede, por consiguiente, de una frente sospechosa, y como tal debe ser defendido contra sí mismo. Por lo tanto está preñado de consideraciones más que de recuerdos, se apoya más en las circunstancias tal como hoy están que la crónica retrospectiva. Además, los datos que contiene están reforzados en gran medida por la imponente literatura sobre el tema del hombre hundido (o “salvado”) que se ha ido formando, incluso con la colaboración, voluntaria o involuntaria, de los culpables de entonces; y en ese “corpus” las concordancias son abundantes, las discordancias son despreciables. En cuanto a mis recuerdos personales y a las pocas anécdotas inéditas que he citado y citaré, las he cribado todas diligentemente: el tiempo las ha decolorado un poco, pero aún

⁸ Del mismo modo, en *Si esto es un hombre*, Levi narra un sueño que le era propio y también de algunos otros, regresar a casa, contar lo sucedido y no ser creídos. El sueño en cuestión es el siguiente:

“Aquí está mi hermana, y algún amigo mío indeterminado, y mucha más gente. Todos están escuchándome y yo les estoy contando precisamente está el silbido de las tres de la madrugada, la cama dura, mi vecino, a quien querría empujar, pero a quien tengo miedo de despertar porque es más fuerte que yo. Les hablo también prolijamente de nuestra hambre, y de la revisión de los piojos, y del *Kapo* que me ha dado un golpe en la nariz y luego me ha mandado a lavarme porque sangraba. Es un placer intenso, físico, inexpressable, el de estar en mi casa, entre personas amigas, tener tantas cosas que contar: pero no puedo dejar de darme cuenta de que mis oyentes no me siguen. O más bien, se muestran completamente indiferentes: hablan confusamente entre sí de otras cosas, como si yo no estuviese allí. Mi hermana me mira. Se pone de pie y se va sin decir palabra.

Entonces nace en mí un dolor desolado, como ciertos dolores que apenas se recuerdan de los primeros años de la infancia: es el dolor en su estado puro, sin templar por el sentimiento de la realidad ni por la intrusión de la realidad ni por la intrusión de circunstancias extrañas, semejantes, a aquellos por los que los niños lloran; y es mejor que vuelva a salir a la superficie, pero esta vez abro los ojos deliberadamente, para tener frente a mí la garantía de estar efectivamente despierto.

Tengo el sueño delante, caliente todavía, y yo, aunque despierto, estoy todavía lleno de angustia: y entonces me doy cuenta de que no es un sueño cualquiera, sino que desde que estoy aquí he soñado no una vez, sino muchas, con pocas variantes de ambiente y de detalle. (...) ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué el dolor de cada día se traduce en nuestros sueños tan constantemente en la escena repetida de la narración que se hace y nadie escucha?” (Levi 2006: 87)

están en estrecha armonía con el fondo del tema y me parecen indemnes a las desviaciones que he descrito. (Levi 2006: 496)

En cuanto a Jorge Semprún, consideramos *Viviré con su nombre, morirá con el mío* que junto a *Le grand voyage* (1963), *Quel beau dimanche!* (1980), *L'écriture ou la vie* (1994) conforman el núcleo de producción dedicado a su estancia en Buchenwald, campo de trabajo y reeducación en el que Semprún es detenido e internado desde enero de 1944 hasta abril de 1945 cuando fue liberado por las tropas aliadas. Los textos recorren tres momentos reconocibles en la mayoría de las producciones sobre el *Lager*: el viaje al campo, la estancia y el regreso marcado con la consecuente transformación de los autores.

Si bien es cierto que se puede encontrar en los otros textos mencionados, sobre todo en *L'écriture*, una preocupación y una reflexión sobre el problema del testigo, sobre su propia condición; la elección de *Viviré con su nombre...* se debe a que narra un suceso puntual en el campo de Buchenwald y que hace centro en el planteo tratado. Un domingo de 1944 se filtra la información de que Jorge Semprún es requerido por las oficinas centrales de la SS (*Schutzstaffel*: “escuadrón de defensa”), en Berlín. Los datos son parciales, incompletos; no se sabe quién pregunta por él ni cuál es el motivo. El plazo para confirmar dicha pesquisa y actuar es escaso; apenas dos días. La amenaza que se cierne sobre el detenido español pone en movimiento un plan por parte de los compañeros del Partido Comunista confinados allí. La situación reclama celeridad y el Comité del PC considera dos opciones. La primera consiste en generar el traslado del detenido requerido a otro campo (lo cual significa una postergación del problema) o bien, la segunda es conseguir un cadáver. Se opta por la última posibilidad. Kaminsky, un camarada del PC, es el responsable de la operación: encontrar un moribundo que pueda ocupar el lugar de Semprún. Inicia la búsqueda de un *musulmán*, un sujeto enfermo e improductivo para la maquinaria nazi, –de allí el título del libro, el muerto necesario o el muerto que hace falta como un pasaporte para otra vida– permite pensar el problema de la identidad y la presencia del Gran Otro, como señala Ennis (2006), en referencia al nazismo como entidad abstracta y totalitaria. La información sesgada colabora para crear una imagen kafkiana de ese Gran Otro, tan implacable como incierta pero que necesita de ese sacrificio.

A causa de ello, podemos comprobar cómo se torna indispensable la presencia del *musulmán*, del otro porque Semprún tiene la necesidad de conocer a ese ser anónimo de quien recibirá un nombre y otra vida. Así podrá reconstruir una historia en común, tienen una serie de similitudes tales como la edad, número de matrícula, estudiante de filosofía y parisino. (Esto último merece un tratamiento especial, en Semprún la nacionalidad está definitivamente marcada por la lengua.). Más tarde y cuando se produzca el encuentro entre ambos, conoceremos parcialmente el nombre del *musulmán*.

La actitud de Semprún consiste en arrebatar del anonimato al joven agonizante. Y aunque no recuerda su apellido, busca recuperar la historia de su llegada al campo y su vida antes de la detención. Así con pocos datos, con informaciones desflecadas, el narrador inventa la historia de François L. que funciona en estrecha especularidad –a veces cóncava y otra convexa– con su propia historia. Está también la intención de devolverle la palabra, que se produce casi musitando y a través de la forma más bella y arbitraria que posee el lenguaje: la poesía. Es a través del lenguaje, de esos versos latinos que recita antes de expirar François L. con los cuales establece un imperativo de saber para Semprún puesto que se convierte en una adivinanza, en un enigma y lo sitúa en el futuro y en el afuera del campo. Me refiero a:

A nuestro alrededor, en aquella sala de espera de la muerte, los estertores, los gemidos, las débiles exclamaciones de terror habían callado, habían ido apagándose unos tras otros. En torno a mí sólo quedaban cadáveres: carne para el horno crematorio.

En un estremecimiento de todo su cuerpo, François abrió los ojos, habló. Hablaba en una lengua extraña, con palabras cortas.

Sólo más tarde comprendí que había hablado en latín: dijo dos veces la palabra nihil, de eso estoy seguro.

Habló muy aprisa, con una voz muy tenue: aparte de aquel “nada” repetido, no pude captar el significado de sus últimas palabras.

Muy poco después su cuerpo adquirió una rigidez definitiva.

El misterio de las últimas palabras de François L. se perpetuó. Ni en Horacio ni en Virgilio, autores de los que yo sabía que se recitaban poemas, como yo me recitaba a Baudelaire o Rimbaud, no había podido encontrar nunca un verso en el que la palabra nihil, nada, se repitiese dos veces. (Semprún 2001b: 197)

Pero también, “mi joven musulmán” que es el modo en que Semprún se refiere a su doble (*Doppelgänger*) pone de relieve las dos caras de la moneda que propusiera Levi. Evidentemente, esta situación tan aciaga establece lugares precisos como el del “testigo integral”, François L. y el del testigo o sobreviviente. A partir de esa lógica, Semprún intenta romper ese orden binario y conocer a su *musulmán* y lograr que hable.

Asimismo la lectura de Levi en paralelo con Semprún descubre en este último una disputa asordinaada que mantiene con el escritor italiano y que alcanza también a los historiadores.

En efecto, parece, y eso no ha dejado de sorprenderme, que hay que mostrar cierta vergüenza, una conciencia culpable, al menos si se aspira a ser un testigo presentable, digno de confianza. Un superviviente digno de este nombre, que merece serlo, y a quien se puede invitar a los coloquios sobre el tema.

Está claro que el mejor testigo –en realidad, el único testigo verdadero, según los especialistas– es el que no ha sobrevivido, el que llegó hasta el final de la experiencia y murió en ella. Pero ni los historiadores ni los sociólogos han conseguido aún resolver esta contradicción: ¿cómo invitar a los verdaderos testigos, es decir, a los muertos, a sus coloquios. ¿Cómo hacerlos hablar?

He ahí un problema que el paso del tiempo de todas formas se encargará de solucionar por sí mismo: pronto ya no quedarán testigos molestos, de embarazosa memoria.

De todas maneras, yo tenía suerte, era inútil negarlo. (Semprún 2001b:19)

La promiscuidad, inevitable y permanente, era uno de los azotes más funestos de la vida cotidiana en Buchenwald. Si hoy se pregunta a los supervivientes – escasos, por fortuna; pronto se llegará a ese punto ideal al que aspiran los especialistas: ya no habrá testigos, o, mejor dicho, ya no habrá más que testigos verdaderos, es decir, muertos; pronto nadie podrá tocarles los huevos con fastidiosos recuerdos personales, Erlebnis, 'vivencia', de una muerte de la que, más que supervivientes, hay aparecidos–; si se interrogase a los supervivientes o aparecidos, al menos los que fuesen capaces de una mirada lúcida, no complaciente, libre de los estereotipos del testimonio lacrimoso –por verídico que sea–, es probable que el hambre, el frío, la falta de sueño apareciesen en primer lugar, en una clasificación perentoria y visceral de los sufrimientos.

Sin embargo, me parece que estos mismos supervivientes, si se atrajera su atención y se reavivara su memoria acerca de este aspecto, reconocerían muy pronto los estragos que provocaba la inevitable promiscuidad. (Semprún 2001b: 208- 209)

Y si consideramos el modo en que la “novela” ha sido traducida al español, la traducción de Carlos Pujol es publicada como *Viviré con su nombre, morirá con el mío* que coloca en un mismo plano tanto a Jorge Semprún como a François L. La acción aunque futura es explicitada y es una promesa de relato.

Aquel muerto-vivo era un hermano, mi doble tal vez, mi *Doppelgänger*: otro yo o yo mismo siendo otro. Era precisamente la alteridad descubierta, la identidad existencial captada como posibilidad de ser otro, lo que nos hacía tan próximos. (Semprún 2001b: 51)

Sin embargo, el suicidio de Primo Levi omnipresente en *La escritura o la vida* condiciona la escritura de Semprún: "Así como la escritura liberaba a Primo Levi del pasado, apaciguaba su memoria, a mí me hundía otra vez en la muerte, me sumergía en ella." (1995: 268)

Y hasta cuando se entera por radio del suicidio del autor de *La tregua*, teme correr la misma suerte.

Entonces, con un estremecimiento que me sacudió toda el alma, me dije que me quedaban todavía cinco años de vida. Primo Levi era, en efecto, cinco años mayor que yo. Sabía que era absurdo, por supuesto. Sabía que esta certeza que me fulminaba era insensata: no había ninguna fatalidad que me obligara a morir a la misma edad que Primo Levi. (...)

Comprendí que la muerte volvía a estar en mi porvenir, en el horizonte del futuro. (1995: 266)

Para finalizar, se puede afirmar que la conjunción Levi-Semprún ilustra políticas de la memoria, en donde cada uno de los autores procesa una historicidad propia. Por un lado, Levi, en esa pulsión por "hacer saber", presiona al pasado para extraer las pústulas y a través de una mirada científica lo exhibe adusto y descarnado. En *La Tregua* (2006), Levi no establece mediaciones sino la urgencia, la necesidad ética y terapéutica de hablar.

Por otro lado, Jorge Semprún tiene la necesidad de diferir su historia; no está en condiciones de realizar su duelo.

Me había convertido en otro para seguir con vida... olvido deliberado, sistemático de la experiencia del campo. Olvido de la escritura igualmente. Tenía que escoger entre la escritura y la vida, había escogido ésta... había optado por la amnesia deliberada para sobrevivir. (1995: 211-12).

Y a esa suspensión o aplazamiento suscitan los problemas respecto del modo de contar lo sucedido y su reflexión considerando del problema del testigo y la representación: "El otro tipo de comprensión, la verdad esencial de la experiencia, no es transmisible... O mejor dicho, sólo lo es mediante la escritura literaria..." (1995: 141)

Tanto Levi como Semprún necesitan ir hacia el pasado para contar y tratar de transmitir lo sucedido. Sus relatos quizás imperfectos por su condición de sobrevivientes son el intento por rescatar a los hundidos, a los muertos en el *Lager* y por arrebatarse y apropiarse de esa memoria de ese tiempo. Pero Levi y Semprún escriben, cuentan oteando el futuro. El escritor madrileño lee desde una óptica política que le otorga a Alemania un lugar privilegiado en la lucha contra los totalitarismos. (Consideremos su libro *Pensar en Europa* (2006) que compila una serie de ensayos al respecto).⁹ En el caso del escritor turinés, afirma que el Holocausto debe leerse como una advertencia, "sucedío y podría suceder otra vez", porque ya reconoce nuevos ensayos (Gulag, Vietnam y la Argentina) como repetición de esa ignominia. Y narran para terminar con un tiempo que el nazismo pensó como mero presente. Por ello su escritura es un rescate de la memoria de sus compañeros y de un tiempo que quiso ser olvidado.

⁹ "Mi relación con Alemania, con la historia y la cultura alemanas, es antigua, compleja, múltiple, y, sin duda fructífera para mi trayectoria de escritor, para mi formación moral e intelectual." (Semprún 2006: 23)

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2002). *Homo Sacer III. Lo Que Queda De Auschwitz. El archivo y el testigo*, Valencia, PRE-TEXTOS.
- Bergson, Henri (1986). *Materia y memoria*, México, Siglo XXI.
- Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (1992). "apropiación", Madrid, Espasa Calpe. p. 174
- Ennis, Juan (2006). "Le mort qu'il faut de Jorge Semprún. Sujeto autoficcional y sacrificio". Raquel Macciuci - Natalia Corbellini (ed.), *De la periferia al centro. Discurso de la 'otredad' en la narrativa española contemporánea*, La Plata, Al Margen, 69-91.
- Halbwachs, Maurice (1925). *Les Cadres Sociaux de la Mèmoire*, París, Félix Alcan.
- (2004). *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos.
- (2004) [1950]. *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Homero (1986). *Odisea*, Buenos Aires, Losada.
- Levi, Primo (1998). *Entrevistas y conversaciones*, Barcelona, Ediciones Península.
- (2006). *Trilogía de Auschwitz*: "Si esto es un hombre", "La tregua", "Los hundidos y los salvados", Barcelona, Océano - El Aleph.
- Muñoz Molina, Antonio (2006). "Primo Levi: el testigo sin descanso". Levi, Primo, *Trilogía de Auschwitz*, Barcelona, Océano - El Aleph.
- Ricoeur, Paul (2003). *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta.
- Rouso, Henry (1998) «Réflexions sur l'émergence de la notion de mémoire », *Histoire et mémoire*, Grenoble, CRDP de Grenoble.
- Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Semprún, Jorge (1963). *Le grand voyage*, Paris, Éditions Gallimard.
- (1980). *Quel beau dimanche!*, Paris, Éditions Grasset et Fasquelle.
- (1994). *L'écriture ou la vie*, Paris, Éditions Gallimard.
- (1995). *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets Editores.
- (2001a). *Le mort qu'il faut*, Paris, Éditions Gallimard.
- (2001b). *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets Editores.
- (2006). *Pensar en Europa*, Barcelona, Tusquets.